



#### CAPÍTULO IV

##### Tacámbaro

**E**s, pues, el caso que los belgas llegaban con el ánimo de lucirse y realizar proezas guerreras capaces de anular las de los doce de la Mesa redonda, las del español Cortés y las del mismo Alejandro Magno. Nacidos en un país que por nuevo, por pequeño y por pacífico estaba fuera de las ambiciones que sugieren la conquista y la lucha armada, los belgas no descansaban, deseando igualar por su valor á los franceses, por su serenidad á los españoles, por su disciplina á los ingleses y por su apostura marcial á los prusianos ó á los rusos. No les satisfacían la gran población de su país, su incalculable riqueza, su decoroso y bien ganado bienestar; no se conformaban con tener vida independiente, plena y constantemente garantizada; no les bastaba con estar gobernados por el viejo rey Leopoldo, ár-

bitro y maestro de los monarcas de Europa; nada de eso era suficiente á llenar su sed de gloria militar, la más costosa, la más tentadora y la más inútil de todas las que se pueden obtener.

Bazaine, que conocía estas cosas mejor que nadie, sabía bien que quedarían más que satisfechos los pobrecitos belgas si se ponía bajo su mando algo como el famoso puerto Lápice, en que pudieran meter la mano hasta el codo en eso de aventuras. Así, pues, luego que se capturó á Romero, aprovechando el horrible y enervador pánico que infundió la muerte del guerrillero, el mariscal llamó á Van der Smissen, jefe de los recién llegados belgas, y le ofreció como prueba de confianza y ocasión de lucimiento acabar la pacificación del departamento de Michoacán, en que apenas merodeaban unas cuantas partidas de bandoleros que no reconocían jefe, ni tenían cohesión entre sí, ni era posible que siguieran viviendo, por más que fuera conveniente apresurar su fin y término.

A poco le supo el bocado á Van der Smissen; se figuró no que el hueso estuviera todavía duro de roer, como era la verdad, sino que se le daba aquella porción pacificada ya y pronta á ofrecerse á la orden de Sus Majestades, porque no se confiaba en sus arrestos y en sus bríos guerreros; pero apencó con el desaire para que no se creyera que desechaba lo primero que se le ofrecía. Ya se verá por la obra cómo Bazaine dió muestras de conocer

mejor que nadie el carácter belga y la naturaleza humana.

Los belgas formaban la reunión más desigual que fuera dable imaginarse. Había muchos condes, vizcondes, barones y no sé si príncipes de la sangre real; había muchísimos burgueses más ó menos acomodados; había muchos oficiales cumplidos que habían terminado su tiempo de servicio entre el bock de rubia cerveza y el suave colchón de pluma, sin haber tenido ocasión de disparar un tiro, y había, por último, innumerables obreros sin trabajo, que huyendo del *chomage* hallaban cómodo pasar el charco, matar unas cuantas docenas de disidentes y tornar á su casa llenos de gloria y de dinero. Para todos la aventura se parecía á la del burgués que se cala el casco, se abotona el uniforme y requiere el truculento chafarote porque le parecen estrecho su almacén, innoble la venta de géneros ultramarinos y sofocante el gorro de algodón que ciñe por la noche la frente en que hierven tantos altos hechos y tantas hazañas grandes y excelsas.

A mí me recibieron con cariño y cordialidad que no esperaba. Nadie sabía palabra del pobre Van Haens que había venido á tomar lenguas sobre personas y cosas del país mucho antes de que llegara el resto del contingente; así, pues, cuando se averiguó que el chico acababa de aparecer y que iba dispuesto á batirse con los chinacos, hubo un día de grandísimo jolgorio. Mil veces me he pregunta-

do por qué no me ocurrió presentarme en Morelia con el prefecto del Moral, exponerle mi situación y pedirle me ayudara á salir de ella en cualquier forma decorosa. Pero ¿iba á llegar ante el prefecto vestida de hombre, con el cabello cortado casi á rape y después de haberme andado entre bandoleros, chinacos y franceses? ¿No me tomaría por loca ó impostora y me mandaría á México bajo partida de registro? Y luego, lo que yo deseaba era investigar el paradero de mi hija y arrancarle, por convencimiento ó por amenazas, las firmas que había menester; y más fácil era dar con ella, andando yo disfrazada en aquellas trazas, que vestida con mi traje de costumbre y manifestando mi carácter, que me podía traer nuevas y más imprevistas dificultades. Y además, ¿por qué no decirlo? mi condición aventurera y trashumante se había excitado y despertado, y me sentía más dispuesta que nunca á correr mundo y á gastar lo que de vida me quedara en darle al cuerpo lo que pedía con tanta razón.

A Tacámbaro nos mandaron los jefes y á Tacámbaro fuí con mucho gusto. Allí debía de haber huellas de Génie, pues estaba segura de que era verdad lo que en Morelia me había contado el licenciado Adaiturriaga, á quien fuí á ver preguntándole por el viejo Olivos. Me recibió el licenciado en su casa, vieja construcción colonial con puerta de iglesia, espacioso zaguán con su pasadera para coches hecha con huesos de pata de puerco, su sala enor-



—Me recibió el licenciado en su casa, vieja construcción colonial...

me y pintada al templo, con columnas, artesones y cortinajes llenos de majestad, y su *estudio* atestado de pergaminos en que descifraba mi ignorancia: *Card Cajeta*; *Justinian Inst. Lib. V*; *De usura, libri II*, y así otras cosas que no sé ni qué son ni para qué sirven.

Adaiturriaga era pálido, trigueño, amojamado, con una nariz que parecía jabón de sastre y unas manos flacas y huesosas que recordaban los haces de sarmientos secos ó las disciplinas de los penitentes llenos de culpas.

— No se moleste, mi señor, en averiguar el fin de ese viejo loco; es lo más extravagante y lo más necio, y no merece que se hable de él más que para execrarle... Fuimos condiscípulos desde mínimos, y cuando le vi en estas cosas le dije: «Mira, Germán, no te metas en los pies de los caballos; ya estamos viejos y no es cosa de que vayamos á querer arreglar lo desarreglado... ¡La patria! ¿Y qué te da á ti esa señora, ni cómo te sirve? ¿Te has comprado con tu patriotismo siquiera un par de zapatos ó una levita menos indecorosa que esa que portas lo mismo en invierno que en verano? ¿Serás más rico ó más conocido porque manden el indio Juárez ó el güero Maximiliano? Tienes hijos y por ellos debes hacer cualquier sacrificio, y no llevarles por ese camino en donde les esperan la miseria, la ruina y tal vez el cadalso...» ¿Y qué cree usted que me contestó? Lo de siempre; que él quería mejor vivir en la miseria dignamente, que nadar en la abundancia al

lado del opresor de la patria; que si sus hijos caían en la desgracia y llegaban hasta el patíbulo, lo tendría muy á bien, pues es siempre muy honroso morir por la patria. *Dulce et decorum est pro patria mori...* ¿Qué le parece á usted? Conque no se moleste el señor capitán en averiguar nada de ese chiflado... ¡Ah! ¿no es capitán su merced? ¿Subteniente nada más?... Pues que sea por muchos años... digo, por poco tiempo; que luego venga el merecido ascenso... Sí, sí, conocí á la muchacha, á la nuera; linda como una rosa de Castilla, pero caprichuda como el viejo; *tateó* completamente... Vaya, vaya con Dios, señor oficial; ha tomado posesión de su casa, y cuando quiera echar su manita de brisca ó su burrito castigado, no deje de venir acá, que casi siempre llegan el señor canónigo Romero, el padre Gómez y otros amigos...

— Pero, ¿qué cabeza la mía! Le prometí á usted datos del pobre Olivos y ninguno le doy. Pues sí, señor; en Tacámbaro le vió mi compadre Mónico Martínez, que por cierto me aseguró que estaba el viejo más furioso y mal criado que antes... ¿Qué le parece? Está de secretario de Régules ó de Jiménez... ¿qué sé yo! Allá él. Es difícil que le aguarde, pero si para tratar le conviene mejor la nuera que el suegro, de fijo que halla á la niña; no creo que la esponga al camino cuando sabe bien que la pobre criatura no puede andar, pues está en meses mayores, *esperándose* para Mayo, según Mónico me aseguró...

Requirió Adaiturriaga su gorro de terciopelo bordado á varias tintas, se abotonó la chaqueta de dril blanco y me dejó en la puerta, haciéndome doscientas mil cortesías.

El primer día hicimos la jornada hasta Acuitzío, mitad del camino entre Acámbaro y Morelia. Acampamos en el cementerio de la población, y como hacía un frío que llegaba hasta los huesos, encendimos... las cruces de madera que indicaban el tránsito final de muchos acuitcenses.

Tres días duramos en Acuitzío, no mal vistos de los hombres, queridos de las damas, satisfechos de los alimentos y deseando llegar á donde se pudiera destruir á los disidentes y tornar á la patria como un cruzado que volviera de Palestina. Una noche, cuando llegaban los soldados de las tiendas en que habían bebido con placer



el aguardiente de la tierra y comido alguno de los más detestables potajes mexicanos, supimos se había recibido orden de levantar el campo y seguir la ruta desde luego. Las ocho de la noche serían cuando ensillé mi caballo y me puse al frente de la sección que me tocaba mandar. Cuando una lomita nos interrumpió las luces menguadas y temblonas del pueblo, y nos internamos en el camino real, llamado así de seguro por antífrasis, nos encontramos en la obscuridad más horrible que pueda haberse visto. Las tinieblas palpables del Génesis y las que rodean á los condenados en el infierno pueden apenas dar idea de aquella lóbreguez en que se había perdido la noción del espacio y la del tiempo. Apenas si las peñas, unas peñas tan altas como torres, y los árboles, unos árboles que se recortaban como sombras negras en un paisaje hecho con tinta de China, sugerían una negrura mayor, más intensa y más aterradora. Recuerdo haber visto en París, en un telescopio á que me asomé por casualidad, unos espacios interestelares que llaman *sacos de carbón* y que dan idea del caos; así era aquel camino medroso y solitario en que no veíamos color en los rostros, ni en los uniformes, ni en las armas, y en que todos parecíamos sombras chinescas bailando en una pantalla negrísima.

Ibamos dispersos, al azar, sin cohesión y sin enlace; uno se desnucaba en una piedra, y mientras juraba como un carretero se detenía á oír el lamento del que al dar

contra un tronco veía iluminarse la noche profundísima; otro perdía el quepi, ó el arma, ó el correaje y se volvía loco sin encontrarlos, mientras un tercero se detenía al borde de un barranco en que las jaras y los lentiscos le destrozaban el cuerpo, pero le salvaban de caer al fondo. Súbitamente sonó un tiro... El clarín belga ordenó la carga.

— ¡Enemigo al frente!

— ¡Los chinacos!

— ¡Preparen el cañón!

— ¿Dónde está el cañón?

— ¿Dónde están los cañones?

— ¡Aquí los artilleros!

— ¡Viva Bélgica!

— ¡Viva el Emperador!

— ¡Viva la Emperatriz, nuestra princesa!

— ¡Están escondidos en el vallado!

— ¡Hay que buscarlos!

— ¡Nos van á fusilar impunemente!

— ¡Nadie se mueva!

— ¡Nadie dispare las armas!

— Esos tiros son de los republicanos.

— Por allí van unas sombras que se ocultan...

— Sí, están agazapadas á la derecha.

— Es á la izquierda.

— ¡A ellos!